

escrito a máquina

Nicaragua:

Cárcel Modelo



Uno de los primeros personajes históricos que ocuparon mi atención de estudiante fue: como una premonición, un tirano. Entre los textos de latín que se nos exigía traducir estaba la historia de Dionisio, tirano de Siracusa (368 a.C.) En aquellos días, en los pupitres escolares, nunca llegué a imaginarme q' la figura q' poco a poco se me iba perfilando al traducir el texto latino, era el arquetipo de una dinastía de gobernantes que ensombrecerían nada menos que 45 años de mi vida, casi exactamente los años que estuvo en el poder el siniestro príncipe siracusano, modelo de tiranos.

Dionisio fue mi primera lección sobre la diferencia entre Poder y Autoridad. (El poder sojuzga la libertad. La autoridad la produce. El Poder se basa en la fuerza. La Autoridad en el derecho.) La Tiranía comienza cuando el Poder pierde autoridad por sus abusos. En ese momento, o el gobernante termina con los abusos para recuperar su autoridad, evitando la tiranía, o bien abusa aún más del poder creyendo que con la fuerza puede recuperar su autoridad pero entonces, cada abuso de poder le resta más autoridad y al sentirse con menos autoridad recurre más a la fuerza. Es un círculo de temor que se vuelve violencia y de violencia que se vuelve temor, que no tiene salida.

Esa fue la historia de Dionisio. Expulsó de Sicilia a los cartagineses y fue el jefe aclamado por el pueblo. Pero pronto sacó las uñas. Oprimió a su pueblo. Y a medida que crecía su opresión, crecía su temor al pueblo. Quería aparentar popularidad y aparecía en público con una amplia y ridícula túnica que recubría una gruesa coraza de hierro. Preparaba manifestaciones pero infiltraba soldados disfrazados que registraban a cuantas personas se acercaban a él. Luego aumentó su tiranía y creció su temor. Ya no se atrevía a rodearse de pueblo sino que le hablaba desde una alta torre cuya altura estaba calculada para que no le alcanzara ninguna flecha. Después ya no sólo temió al pueblo sino a sus propios guardianes y nunca dormía dos noches seguidas en el mismo sitio e imponía a cada servidor la obligación de espiar a su compañero. Alguien le sopló que su barbero no le era leal y lo mandó matar, obligando a sus hijas a ser sus barberas. Luego desconfió hasta de sus hijas y ya no les permitió usar navajas sino que se hacía recortar la barba quemándose con avellanas en brasas.

La historia de Dionisio de Siracusa es la radiografía del poder tiránico. Edificó en roca viva, en las famosas canteras de Siracusa, unas enormes prisiones cuyas bóvedas subterráneas estaban dispuestas de tal forma que aún los sonidos más débiles iban a dar a un lugar secreto donde el Tirano podía escuchar, sin ser visto, las conversaciones de sus prisioneros. Por allí pasaron todos los siracusanos.

Fue la primera invención del aparato de seguridad con sus "orejas", hoy tan común. Pero Dionisio pronto se convirtió en prisionero de su invento, pues en su desconfianza extrema todo lo quería oír y estaba tan condenado a las canteras como sus víctimas: ellas adentro y él afuera.

El tirano es un cautivo de su temor que cree encontrar su propia libertad convirtiendo en cautivos a todos los demás. Todas sus medidas de seguridad no persiguen otra cosa que reprimir la libertad encerrándola en el miedo, encarcelándola tras los invisibles barrotes del terror. La represión no es otra cosa que re-prisión; se masacra, se golpea, se aplasta con la fuerza bruta a unos cuantos ciudadanos para que los demás se entuman y se encierren temerosos en la cárcel voluntaria de la sumisión.

En Nicaragua tenemos tiempo de ver y sentir cómo la tiranía ha ido reduciendo y enjaulando el movimiento de las libertades individuales. Hasta la geografía ha sido encarcelada. El que antes podía viajar por placer —y aún por negocio— por las bellas tierras de su

patria, ahora teme hacerlo. Los cortadores de una región temen ir a otra aunque les ofrezcan mejor salario. Los hacendados van a sus fincas presos de ansiedad y en muchas regiones no van. Las madres temen cuando sus hijos van a los colegios y más todavía a las universidades, (cada día es mayor el número de quienes envían a sus hijos al extranjero aún haciendo tremendos sacrificios). El que va a una fiesta nocturna va preso de su intranquilidad. Teme al "BECAT", teme a la patrulla, y los del "BECAT" y los de la patrulla temen ante cualquier grupo y su propio temor los empuja a ser más agresivos. Los Comandantes duermen en sus cuarteles tan prisioneros como los presos que duermen en esos mismos cuarteles. El adinerado compra dólares preso de incertidumbres. El hombrecito que regresa de la cantina o de los billares es vapuleado porque el Guardia —preso de su desconfianza— lo consideró sospechoso.

El Presidente de la República va preso en su limosina con tantos guardias de escolta como los que cuidan a Tomás Borge o a los presos políticos cuando llegan a los Consejos de Guerra.

Ha bajado la asistencia a los cines. Se ha reducido el movimiento comercial porque la diversión está presa y está prisionera la tranquilidad. Todas las represalias del régimen no hacen más que acentuar el ambiente carcelario: A unos les niegan la visa o les retiran sus pasaportes. A otros les cortan el teléfono. Las radios son multadas para que no informen. A los que se reúnen los disuelven con bombas lacrimógenas. A los que protestan los agreden y encarcelan. Dionisio de Siracusa se repite. Entre más fusiles son necesarios para imponer un poder sin autoridad, más barrotes tiene la cárcel omnipresente que reduce o suprime la libertad a agredidos y a agresores. Porque el temor se devuelve contra quienes lo imponen. Rebota. El tirano puede con sus represalias meter en miedo a algunos y hacerlos callar o impedirles que firmen una acta de protesta, pero ese mismo tirano, cuando va a hablarles a sus propios correligionarios es un preso del mismo temor que ha engendrado y les habla desde una urna o celda de vidrio blindado.

¿A dónde conduce esa psicosis carcelaria?

—La respuesta ya la ha dado la historia de las tiranías: A LA DESESPERACION

La desesperación significa que la presión tiránica del Poder ha llegado a tal grado que sobrepasa la capacidad de aguante de un pueblo. Cuando se llega a ese punto el pueblo salta sobre los límites de su propio temor.

La desesperación —dice Hermann Hesse— desata lo más alto y lo más bajo, los sentimientos superiores y los sentimientos de inferioridad; el gesto liberador del héroe o del mártir pero también la destrucción ciega del terrorista. La desesperación desata, por lo alto o por lo bajo, la violencia.

Que los hombres conscientes de Nicaragua mediten sobre esa frase del escritor alemán. Ya hemos llegado a esa situación límite. Desde el asesinato del Doctor Pedro Joaquín Chamorro hasta los sucesos de Monimbó de esta semana, Nicaragua no es más que una gran cárcel que sólo deja salida, "por lo alto y por lo bajo" a la violencia. Nos encaminamos aceleradamente a una destrucción incontrolable del país. A su ruina.

La solución no está en que un partido con la maquinaria del poder y de la fuerza organice una nueva manifestación forzada, una manifestación de presos que viene a agregar desesperación a un país prisionero. La solución es abrir la cárcel. No tenemos disyuntiva.

Un periodista extranjero resumió la situación de Nicaragua en una frase lapidaria: Somoza no se puede volver atrás, por eso mismo no puede seguir adelante".

PABLO ANTONIO CUADRA